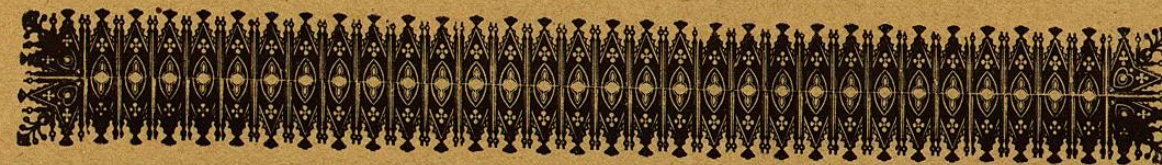


mos del espíritu, como las aguas derretidas de las nieves, arrastradas por los ríos y por los torrentes, caídas de las nubes, impulsadas por los declives de la tierra, llenan con sus ricos caudales y sus agitadas ondas los abismos del mar. Las sectas cristianas, que han querido guardar á Cristo muerto en las estrecheces de su liturgia, se parecen á las pobres mujeres judías que buscaban á Cristo en el sepulcro de Jerusalén, cuando Cristo había resucitado por haberse convertido en la luz viva del espíritu. El Cristo que habéis querido enterrar, escribas y fariseos, en los potros del tormento, en la ergástula del esclavo, en la horca del castillo, en los tronos de la casta, ha resucitado en la razón libre y en la democracia progresiva y en los derechos humanos, y en la República universal. Compadezcamos á las Iglesias que no comprendan esta metamorfosis, porque ciegas hoy en sus supersticiones, mañana se verán destruidas en el mundo y abandonadas del espíritu, que así lo ha dispuesto el movimiento eterno de la idea religiosa.



## CAÍTULO DÉCIMO

La pedagogía republicana y la ortodoxia protestante

RENTE á la crítica racionalista se planteaba la apología protestante. Una escuela entera de apologistas, compuesta por numerosos escritores, atacaba furiosamente á la escuela de los críticos. En esto, como si la obra capital del siglo décimo-octavo fuera sembrar una idea, dejando á otro siglo que la fecundase, muere Federico II, y con él muere la tolerancia. Su sobrino Federico Guillermo II le sucede. La estrechez sucede á la grande amplitud de miras; la intolerancia sucede al espíritu humanitario; la rutina sucede á la idea; un rey de pacotilla sucede á un rey del espíritu; un oficinista sucede á un héroe: supersticioso protestante, que quiere llevar el protestantismo por los medios burocráticos hasta las últimas conciencias á un filósofo que deja las ideas esparcirse, mezclarse, combatir, formar las grandes combinaciones químicas de la vida intelectual, tener la misma espontaneidad que en su obra creadora tiene la naturaleza. Y los apologistas protestantes no aconsejan otra cosa más que la lectura de la Biblia. Nunca he podido comprender cómo los pueblos protestantes de Europa retardan tanto su entrada en la República. Muchas veces, en mis reflexiones sobre la Historia, he pensado con detenimiento y madurez sobre la vivacidad con que comprenden y la rapidez con que realizan los pueblos latinos las más avanzadas ideas, sobre todo en la esfera política. Aquí se conjuran todos los elementos para tener á los pueblos en completa ignorancia. En mis viajes por Suiza lo que más me maravillaba era la cantidad de ideas liberales que allí descenden desde los púlpitos, mezcladas con los aromas de las ideas religiosas y